

¿HACIA UN NUEVO ORDEN MUNDIAL?

POR

JORGE USCATECO

No nos extrañaría que en la superabundancia de cursos, conferencias y seminarios dedicados ahora, y, desde ahora en adelante, al tema que aquí nos aprestamos a tratar, se escandalizaran los especialistas, animados por un irrefrenable optimismo y por la seguridad de sus saberes, que fuese formulado desde el primer momento bajo el signo de un interrogante en varios idiomas, o nada menos que de dos interrogantes en adecuada escritura castellana.

La caída del muro de Berlín, la caída estruendosa del comunismo, la vuelta de Africa del Sur a la comunidad internacional, las perspectivas alentadoras de Maastricht en lo referente a la Comunidad europea, la reunificación de Alemania, la recuperada independencia de partes importantes de Yugoslavia, los éxitos de la ONU-USA en Irak, serían otras tantas justificaciones del optimismo en lo referente a las posibilidades de confiar en un nuevo orden mundial de cara al nuevo milenio. Las cosas serían así, si las tesis del funcionario nipo-norteamericano Fukuyama en cuanto al fin de la historia, y las de sus múltiples seguidores de más que dudosa cultura, fuesen exactas. En realidad, las cosas están de otra manera. De la manera entrevista por Federico Nietzsche, profeta de la situación del siglo y de hoy y acaso de un próximo mañana. En efecto, Nietzsche nos habló claramente del fin de la cultura, sustituida por el triunfo de la historia. Con la implícita subversión de los valores. De todos los valores. «Unwertung aller Werte». Por ello, el comunismo nos dice desde hace un siglo y sigue diciéndonos en China, en Perú, en Cuba, en los

camuflajes de los clubs políticos e intelectuales europeos, que camina en «el sentido de la historia». De ello daba testimonio hace cincuenta años Rubakov, el célebre personaje de Arthur Koestler en su novela *Cero y el Infinito*.

Porque, en realidad, ¿dónde está el fin verdadero del comunismo? ¿En el caos de Rusia y su, al menos temporáneo, terremoto de las nacionalidades? ¿En la por ahora caótica imposibilidad de ver los beneficios de un mercado libre y una sociedad capitalista, en los países liberados del comunismo? ¿En países tan reconocidos como integrados ya en la comunidad de países libres como Checoslovaquia, que conserva aún una Constitución comunista y está amenazada por el desmembramiento? ¿En la Polonia del admirado Lech Walesa donde la economía y la sociedad sufren aún sacudidas profundas? ¿En la Alemania oriental, por muchos años discriminada en sus raíces y en su mentalidad del resto del cuerpo germano?

Consecuencia de la Segunda Guerra Mundial fue sin duda «un orden anárquico» a escala planetaria, como decía hace años Raymond Aron. La experiencia del mundo, ha llevado patentemente a lo que Heidegger llamaba su radical ingobernabilidad. La *geografía del hambre* que nos descubría años atrás el amigo brasileño Josué de Castro en su libro magistral, famoso como pocos en su tiempo y totalmente olvidado en un tiempo que le daría plenamente la razón, aumenta en extensión e intensidad amenazando todo el equilibrio del planeta. Los medios de comunicación del mundo han alcanzado grados máximos de intensidad y sofisticación y el mundo ahonda cada vez más lo que Rilke en su «Elegías del Duino» llamaba «comunicación ininterrumpida del silencio».

Esta sería la perspectiva diríamos «filosófica» del problema. La Utopía de aquel Estado mundial, del que nos hablaba Ernst Jünger, tan de acuerdo con su fe en el nihilismo nietzscheano y los destinos de un Leviathan planetario —organismo y organización— basado en el mito del trabajador y en la superestructura, tan patente hoy, de una poderosa burocracia internacional reinante de igual modo en la ONU y en la Comunidad europea. Pero el lugar preeminente lo ocupa, sin duda, la perspectiva política real. Su

trayectoria sale ahora a una luz más amplia que en la dimensión más o menos «satánica» que va, en un salto histórico, verdaderamente trágico de Yalta a Malta. De repente, la confusa ingobernabilidad del mundo en los últimos cincuenta años, nos lleva, al trasladar nuestra reflexión a un principio de época que no se identifica con Yalta o Postdam. Conviene que nos traslademos a un momento muy anterior. Sus protagonistas son un profesor de Princeton y un revolucionario del Volga. Wilson y su consejero, el coronel tejano House, formulan los catorce puntos destinados a crear, ya, en 1919, un nuevo orden mundial con Norteamérica definitivamente a la cabeza. Vladimir Uliianov Lenin formula también sus puntos de un orden mundial, donde la libertad no serviría para nada.

Setenta años después, el nuevo orden mundial de Lenin está hecho pedazos, derribado por sus propios males internos. El mundo de Wilson, en cambio, se presenta como triunfante y sus ideales parecen indicar que un nuevo orden mundial dirigido por Norteamérica es posible. Setenta años después, los planes del Pentágono hablan con claridad de su posible futuro y la doctrina de Mac Namara sobre la necesidad de varios puntos de apoyo de un nuevo orden mundial, parece definitivamente olvidada. La «Powershift» de Toffler inicia su periplo imparable. Es la nueva gestación del Estado universal de Jünger. «Lo que pertenece al ayer, ya no es real, y lo que pertenece al mañana no se ha hecho aún patente. Así se comprende el error de quien considera que la uniformización del mundo antiguo es característica esencial del nuestro. Pero esta uniformización considera solamente el área de disolución. El telón ha caído, se está preparando la transformación de personas y escenarios». La máscara mortal de la civilización cubre, acaso por mucho tiempo, un mundo que se cree a sí mismo sujeto de una nueva gestación y que en realidad se lanza, con su peso enorme y su enorme diversidad, en lo desconocido.

Fue un filósofo, sin duda alguna el verdadero filósofo de nuestro tiempo, el que diagnosticó sin reservas la ingobernabilidad del mundo. Justamente en la hora aparentemente más propicia para que un nuevo orden mundial fuera posible o por los menos

pensable. Fue el mismo filósofo el que en la hora postrera, hora de la radical angustia, dijo simplemente esto: «Sólo un Dios puede salvarnos». Angustia y esperanza en una despedida a su siglo y un débil saludo al nuevo milenio.